

AMARO LEFRANC

**LO GUANCHE EN LA
MÚSICA POPULAR
CANARIA**

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
LA LAGUNA DE TENERIFE

INSTITUTO DE
ESTUDIOS CA RIOS



LA LAGUNA - TENERIFE

EDICIÓN DE TRESCIENTOS EJEMPLARES NUMBRADOS
LOS DIEZ PRIMEROS EN PAPEL ESPECIAL

Nº 284

STUDIORUM
CANARIENSIVM
INSTITVTVM



REG. SANCTI
FERDINANDI
VNIERSITATIS

R: 2013

LO GUANCHE EN LA MÚSICA POPULAR CANARIA

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
EN LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

CONFERENCIAS Y LECTURAS

SECCIÓN II. LITERATURA, ARTES PLÁSTICAS
Y MÚSICA

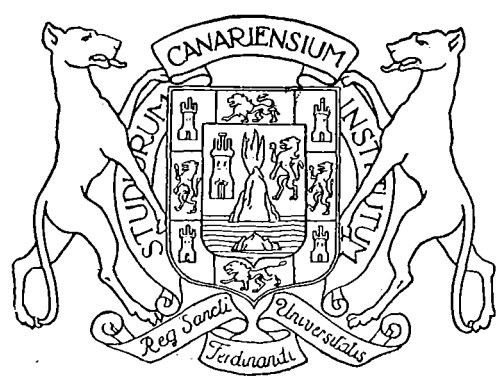
VOLUMEN VI (SEC. II: NÚM. 5)

1849.3 (349)

E.S.R. 108

AMARÒ LEFRANC

LO GUANCHE EN LA MÚSICA POPULAR CANARIA



LA LAGUNA DE TENERIFE

1942

R.2013

Es propiedad
INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
La Laguna, 1942

A
JUAN ALVAREZ GARCÍA
MÚSICO TINERFEÑO
ENAMORADO DEL FOLKLORE CANARIO



A D V E R T E N C I A P R E L I M I N A R

En el volumen que hoy damos a la luz recoge su autor las ideas expuestas en las conferencias pronunciadas los días 9 y 12 de agosto de 1940, en el Instituto de Cultura Popular, de La Laguna.

Tales conferencias corresponden al cursillo desarrollado en el verano del año referido y se publican simultáneamente, por su especial interés, en esta serie y en el volumen que habrá de recoger las enseñanzas vertidas a lo largo de aquella brillantísima serie de disertaciones.

La destacada personalidad musical de Amaro Lefranc, miembro de nuestro Instituto y profesor del Conservatorio Regional de Música de Tenerife, nos releva de hacer aquí el justo encomio del autor de estas páginas.

La Laguna, 29 de mayo de 1942.



PREÁMBULO

Hemos de hablar del elemento Guanche en la música de las islas Canarias. ¿Se advierte en nuestros cantos y bailes aquel elemento? ¿Aparece aislado? ¿Aparece mezclado más o menos íntimamente con otros? ¿En qué proporción?...

Antes de engolfarnos en el desarrollo de este tema séanos permitido hacer algunas consideraciones previas:

El gran Felipe Pedrell, en el segundo tomo de su "Cancionero Musical Popular Español", cuenta que, contestando a un grupo de jóvenes que, en cierta ocasión, se habían dirigido a él en consulta, les aclaró que la Jota no es—como alguien se había atrevido a asegurarlo—"música debida a un alemán". Y añade que más grave que atribuir la Jota a un alemán resulta afirmar, como lo afirma el "guasón", autor de una copla, que

"Desde la Villa de Turia
a la Villa de Jalón,
vino cantando la Jota
el desterrado Aben-Jot";

o el de esta otra:

"La Jota nació morisca
y después se hizo cristiana,
y cristiana ha de morir
la Jota bilbilitana."

Luego, con aquella su característica prosa tan maciza, nada grácil—aunque, en este caso, irónica—, observa el genial precursor de las modernas orientaciones musicales españolas:

“Y más grave, todavía, asegurar, como lo hace un literatuelo de las Islas Canarias (porque D. Braulio Foz, en su “Vida de Pedro Saputo” dijo, que primeramente se llamó “El Canario”—danza tética ternaria antigua—dicha jota), que proviene de un primitivo canto guanche de aquellas islas, así la danza titulada Canario como la Jota. La cuestión se resolvería presentándonos el tipo de canto guanche primitivo, pero el tipo no parece, y el literato busca-orígenes puede aguardar sentado mientras averigua, también, de donde le viene el título de Canario a la tal danza.”

No sabemos—ni nos importa—quien pueda ser el literatuelo isleño a que alude Felipe Pedrell. Nada nos permite suponer—ello es muy cierto—que la Jota descienda del Canario guanche.

Existe, sí, un canto isleño, la Isa, cuyo parentesco con la Jota es evidente. Si entre ésta y aquella hay relación de ascendencia, de descendencia, o simplemente de consanguinidad, consecuencia de un entronque común, ello es, en definitiva, cuestión que, de muy buena gana, entregamos—imitando a Pedrell—al celo investigador de los “busca-orígenes”...

Pero hemos de confesar que disentimos del gran musicólogo cuando él afirma no creer en la procedencia isleña de la danza que antiguamente se llamó “El Canario”. Más adelante exponaremos una colección de citas que abogan en pro del linaje guanche de la tal danza.

Pedrell, en el tomo IV de su “Cancionero”, reproduce dos Canarios, calificándolos simplemente de “antiguas danzas muy empleadas por los polifonistas del piano”.

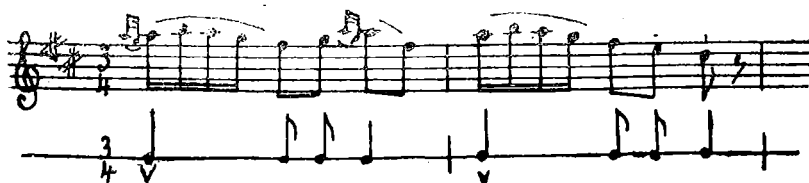
Si bien nosotros, los que en Canarias sentimos atracción por esta clase de estudios, hemos descubierto coincidencias entre las figuraciones melódicas y rítmicas de la mentada danza y las de nuestro tinerfeñísimo Tajaraste, no es, en cambio, de extrañar que a Pedrell le pasasen esas coincidencias desapercibidas: él, que con tan solícito cariño estudió el folklore de las demás regiones de España, vivió y murió en la más absoluta ignorancia de nuestra música popular canaria.

En uno de los Canarios que nos presenta Felipe Pedrell—el de Guerau—aparece este pasaje:



No hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación—¿verdad?—para recordar, al oír este diseño musical, la melodía habitualmente empleada por nuestros tamborileros cuando acompañan, sobre un ritmo de tajaraste, con su pito y su tambor, la

Danza de las cintas, que va abriendo paso delante de la Imagen del Santo Patrono, procesionalmente llevada en andas el día de la fiesta mayor, en cualquier lugar de Tenerife:



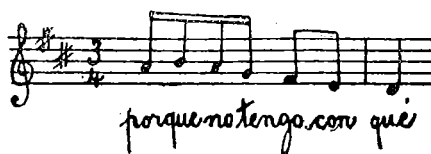
El propio Canario de Guerau termina con unos compases que repiten obstinadamente un mismo diseño musical. Reproduzcámoslo, añadiéndole—nosotros—letra de Tajaraste:



Y concluye así la cadencia final del Canario de Guerau:



a cuya figuración se puede superponer—valor por valor—la de nuestro popular



Insistamos. No se trata, en el estudio que va a seguir, de buscarle orígenes a la actual música folklórica—Canto, Baile—del archipiélago canario.

Lo esencial de nuestro intento consistirá en hallarle una respuesta a la pregunta de si, en la música popular isleña, se pueden todavía descubrir restos, sedimentos o vestigios del elemento guanche; los cuales, en cierto modo, la tiñan, maticen o influencien—material y espiritualmente—en mayor o menor escala.

81

Journal of the
Royal Society

1850

Volume 10

Part 1

London

1850

Printed by
J. Taylor & Francis

15, Abchurch Lane

London

1850

of a number of

of the

of the

of the

I.—LA HERENCIA GUANCHE

Empecemos reproduciendo lo que, acerca del concepto que tenían los Guanches de la música y del baile, dicen algunos de los autores que se han ocupado—aunque siempre de paso y sin entrar en grandes detalles—de tan interesante materia.

Hablando de los de Lanzarote y Fuerteventura, cuenta Abreu Galindo que eran “grandes cantadores y bailadores”, y que “la sonada que hacían era con pies, manos y boca, muy a compás y graciosa”.

El Dr. Chil, en sus “Estudios Históricos”, recopilación moderna de datos anteriores, escribe, refiriéndose a los primitivos moradores de Lanzarote:

“El canto y el baile formaban asimismo parte de sus diversiones y comunes entretenimientos, y a ellos concurrían las mujeres que para tales casos gustaban de adornarse, especialmente la cabeza. Nada sabemos de lo que en esos cantos se celebrase, fuera de la expresión de sentimientos amorosos y de los hechos heroicos de sus luchadores...”

Y acerca de los Guanches de Fuerteventura nos dice el mismo autor:

“Honestos en su vestir, no lo eran menos en sus juegos y diversiones. Casi el único placer que se proporcionaban ambos sexos en sus reuniones era el baile, que aún en el día constituye el más inocente entretenimiento de aquellos isleños, conocido en todas las Canarias con el nombre de seguidillas majoreras.”

Fr. Juan de la Puente, en su “Epítome de D. Juan el II”, consigna a este propósito:

“Gustaban mucho, y aún hoy, de cierto baile o saltarelo muy gracioso que llamamos en España “Canario” por haber venido su uso de aquellas islas.”

De los bailes entre los Guanches de la Gran Canaria refiere Gómez Escudero:

"...los hacían con varas pintadas de Drago y zapateados y cabriolas, en que eran diestrísimos; cantaban canciones sentidas y lastimeras y repetían una cosa muchas veces a modo de estribillo... Después de los bailes, donde hacían sonsonetes con piedrezuelas y tiestos de barro, enseguida comían abundantemente de sus comidas."

Parece que en Canaria los Guanches tenían recintos especiales para los juegos y danzas, siendo costumbre que sus Reyes concurren a tales locales; así nos lo indica Gómez Escudero:

"...A las casas de juegos iban los Reyes y asistían a los bailes..."

Abreu Galindo, por su parte, relata lo siguiente:

"Tenían casas donde se juntaban a bailar y cantar; su baile era muy menudico y agudo, el mismo que hoy llaman *Canario*. Sus cantares eran dolorosos y tristes, o amorosos, o funestos, a los cuales llamamos *endechas*."

Según Cedeño, "eran diestrísimos en las mudanzas y zapateados".

Hablando de los indígenas gomeros nos cuenta Gómez Escudero que "oyendo cantar solían enternecerse y llorar si la cosa era trágica o lastimera".

De los del Hierro dice Abreu Galindo: "Cantaban a manera de *endechas* tristes en el tono y cortas..." "Bailaban en rueda y en folía yendo los unos contra los otros para delante y tornando para atrás asidos de la mano, dando grandes saltos para arriba, juntos y parejos, y en estos bailes eran sus cantares..."

De los aborígenes de la isla de la Palma, escribe Abreu Galindo: "Eran los palmeros idólatras, y cada capitán tenía en su término donde iban a adorar, cuya adoración era en esta forma: juntaban muchas piedras en un montón en pirámide tan alto cuanto se pudiese tener la piedra suelta, y en los días que tenían situados para semejantes devociones suyas, venían todos allí alrededor de aquel montón de piedra y bailaban y cantaban *endechas*, y luchaban y hacían los demás ejercicios de holgura que usaban, y estas eran sus fiestas de devoción."

Por lo que respecta a los Guanches de Tenerife, Fray Alonso de Espinosa narra que "hacían entre año (el cual contaban ellos por lunaciones) muchas juntas generales; y el rey que a la sazón era y reinaba, les hacía el plato y gasto de las reses, gofio, leche y manteca que era todo lo que darse podía; y aquí mostraba cada cual su valor, haciendo alarde de sus gracias al saltar, correr, bailar aquel son que llaman *Canario* con mucha ligereza y mudanzas, luchar, y en las demás cosas que alcanzaban, y no es poco de maravillarse, que con manjares tan toscos y gruesos se criasen hombres tan valientes, de tanta fuerza y ligereza, y de tan delicados ingenios como dellos han salido."

Antonio de Viana, en el Canto décimocuarto de sus "Antigüedades", nos describe una danza que la princesa Dácil manda ejecutar a doce guanches de Tenerife, en obsequio del Capitán Castillo, valeroso conquistador apresado por los guerreros del

Mencey Bencomo, y hacia el cual la linda hija del Rey de Taoro se siente irresistiblemente atraída:

Salió una danza de nivaríos mozos,
 que Dácil ordenó por darle gusto
 al cautivo, señor del alma suya;
 fué la danza admirable, gustosísima,
 de doce bailadores extremados
 que con unas espadas españolas,
 despojos ordinarios de sus guerras,
 desnudas en las manos por las puntas
 y por la guarnición, en buen concierto,
 tramaban una danza muy curiosa,
 dando mil saltos y ligeras vueltas.

Por último, el Dr. Chil, resumiendo las noticias que recogiera en las obras de los autores antiguos, nos informa, con relación a los Guanches de Tenerife, que "su oído era fino" y que "gustaban sobremanera de la música". Sentían afición por "el canto y la poesía rimada". Y añade páginas después: "Les agradaba extraordinariamente el baile, a cuyo ejercicio, tanto hombres como mujeres, se entregaban con frenesí. Según los autores que más han estudiado las costumbres de aquellos isleños, ese baile era el **Canario.**"

De lo que antecede, conviene retener, ante todo, que los cantos de los Guanches eran, por regla general, dolorosos y tristes; que en ellos celebraban, en la mayoría de los casos, sentimientos amorosos, y que la sensibilidad de aquellos isleños era tal que algunos se enternecían y hasta llegaban a derramar lágrimas si la cosa era lastimera.

El fondo de suave tristeza que encierran, en la actualidad, muchos de los cantos populares de estas islas es, a nuestro parecer, de estirpe guanchinesca; en vano trataríamos de emparentar la melancolía de unas Follías canarias con el dolor trágico, arrebatado y sensual de ciertas coplas andaluzas, o con los acentos sollozantes y lánguidos de muchas melodías gallegas. La tristeza de la música isleña es más espiritual que la de aquellas, aunque menos quejumbrosa que la de éstas. Es un sentimentalismo sui generis que imprime a muchos de nuestros aires —aún a aquellos cuyo origen peninsular salta a la vista (las Malagueñas canarias, por ejemplo)—un no sé qué característico, indefinible, pero también inconfundible, sello típico de isleñismo, verdadero legado de la raza guanche, herencia preciosa que los Canarios de hoy debieran esforzarse en conservar celosamente, para trasmitirla a las generaciones venideras en toda su originalidad.

Las danzas de los Guanches, si hemos de dar crédito a los fragmentos de descripciones que han llegado hasta nosotros, eran —antítesis de sus cantos— agitadas, violentas, bulliciosas, dislocadas, acrobáticas y llenas de frenéticas contorciones.

Ora bailaban una especie de zapateado o saltarelo; ora, esgrimiendo unos palillos o varillas pintadas de colorado con sangre de drago, brincaban en el aire y hacían cabriolas, en que eran diestrísimos; ora, en fin, bailaban en rueda y en folía, asidos de la mano, y dando grandes saltos para arriba.

La alegría de aquellos hombres primitivos se desbordaba libremente en sus bailes, abundantes en zancadas descomunales, en gestos desordenados y en piruetas inverosímiles. ¿Eran todos esos movimientos tan bruscos, tan salvajes, producidos sin sujeción a reglas ni leyes precisas? Nada en concreto nos dicen, sobre este extremo, los autores antiguos. Sin embargo, es de presumir que tales danzas no dejarían de ajustarse y subordinarse en cierto modo a un ritmo determinado, cual era la “sonada” que, según Abreu Galindo, hacían muy a compás, con piés, manos y boca, o el sonsonete que producían con piedrezuelas y tiestos de barro, a que se refiere Gómez Escudero.

Ocurrémosnos advertir a este respecto, que seguramente, hoy, no se darán cuenta de estar realizando un gesto ancestral nuestros magos y nuestras magas cuando, al anoecer del 14 de agosto, sentados o “tumbados” en pequeños grupos caprichosamente diseminados por la arena de la Plaza-playa de Candelaria, en donde se han congregado con motivo de una de las más tradicionales y pintorescas fiestas de Tenerife, recojen del suelo piedrezuelas de canto rodado y, haciéndolas chocar unas con otras, marcan ritmos de cantares y estribillos—cada grupito entona el suyo sin cuidarse de los demás y en la tonalidad que le conviene—, engendrando las voces humanas y el incesante chasquido de los improvisados crócalos un intrincado enmarañamiento sonoro que llega a resultar ensordecedor para quien, desde fuera, observa.

Nos atrevemos a asegurar que algunos ritmos característicos de danzas guanches se han conservado hasta hoy, y ciertos bailes isleños evocan —reproducen tal vez, y quizá con bastante fidelidad— los desenfundados bailes de los aborígenes canarios. Citemos rápidamente: las Saltonas, el Tanganillo, el Tajaraste.

Así, pues, tanto la sentimentalidad que se advierte en algunos de nuestros cantos, como los ritmos alegres, vigorosos, marcadísimos y vivos de ciertos bailes canarios, ritmos que acompañan danzas de locos ademanos, que huelen a salvaje y producen en el ánimo de los forasteros una honda impresión de extraño exotismo, son, a no dudarlo, de incontestable y neta filiación guanchinesca.

II.—LA APORTACIÓN EUROPEA

Bontier y Leverrier, los cronistas de Juan de Bethencourt y Gadifier de la Salle, nos describen el efecto que produjo en los Guanches la música tocada por las gentes que acompañaban al conquistador francés cuando, en su cuarto y último viaje a estas islas, arribó triunfalmente a Lanzarote y Fuerteventura:

“Sonaban trompetas, clarines, tamboriles, harpas, flautas, rabeles, bocinas y demás instrumentos; no se hubiese oído el trueno de Dios con la melodía que hacían, y en tal manera, que los de Fuerteventura y Lanzarote quedaron admirados...”

“El Señor de Béthencourt no pensaba traer tantos músicos, pero había, entre sus acompañantes, muchos mozos que, sin saberlo él, eran diestros tocadores, y llevaban consigo sus instrumentos.”

“Tendidas estaban las banderas y estandartes al tiempo que desembarcó Monseñor, y todos los soldados a punto de guerra y en arma, decorosamente vestidos, porque a cada uno había dado un sayo, y los de los seis hijosdalgo que venían con él eran bordados y guarnecidos con pasamanos de plata...”

“Y jamás había caminado Monseñor con gente tan lucida... Y desde a bordo se veían los Canarios, mujeres y niños, que venían a recibirlo a la orilla del mar, y daban voces en su lengua: “¡Ved, aquí viene nuestro Rey!”. Estaban tan gozosos que saltaban y se abrazaban los unos con los otros de contento, y claramente se echaba de ver que tenían mucho gusto de su llegada... Y, como hemos dicho, los instrumentos músicos de los navíos hacían tan grande melodía, que era cosa hermosísima de oír. Los Canarios hallábanse maravillados, y aquella música les agradaba en gran manera.

Cuando Monseñor llegó a tierra, toda la gente le hizo muy gran fiesta. Tendíanse en el suelo los Canarios, pensando hacerle mayor honra."

Y es lógico que aquellos isleños, por naturaleza amantes de la música, por temperamento grandes cantadores y bailadores, se sintiesen arrobados, extasiados y quedasen toulz esbahis, como escriben Bontier y Leverrier, al escuchar la melodía de los europeos.

Quienes veíanse reducidos a acompañarse, en sus cantos y bailes, con sus propios piés, manos y boca; quienes, por todo instrumental músico, empleaban un par de piedrezuelas o tiestos de barro que, al chocarse, producían un sonsonete necesariamente monótono, hallábanse, de súbito, sin tránsito ni preparación evolutiva, en presencia de una asombrosa, de una insospechada variedad de artefactos sonoros.

El espectáculo a que asistían tenía que presentárseles como algo milagroso, mágico, sobrenatural. Un mundo nuevo de sensaciones se abría ante sus sentidos.

Aquella música, para los europeos que la producían o la oían, sólo representaba una de las manifestaciones de júbilo con que se quería solemnizar la aparatosa ceremonia del regreso de Béthencourt. Para los Guanches, en cambio, era algo de mucha mayor trascendencia: la prueba evidente, irrefutable, de la superioridad de la raza invasora.

Hasta aquel día, los indígenas habían mirado a los cristianos como unos intrusos, violentos y, en suma, bastante despreciables. Mas, he aquí que la música, como por arte de magia, realiza el prodigio de conquistar para los europeos, siquiera de momento, la admiración de los salvajes.

Dejemos, pues, bien anotado que los europeos trajeron su música a estas islas; que a los Guanches les agradó la música europea, y que a los europeos no debieron parecerles del todo despreciables los ritmos y danzas guanches; prueba de ello es que el Canario, baile al que, hasta prueba de lo contrario, seguiremos reputando de origen guanche y que, si hemos de creer a Viera y Clavijo, se danzaba, muy guanchinescamente por cierto, haciendo el son con los pies con violentos y cortos movimientos, hizo furor durante muchos años tanto en España como en todos los países de la Europa occidental.

III.—LA MÚSICA POPULAR ISLEÑA

Acompañando a Béthencourt en sus primero y cuarto viajes a las Islas Afortunadas, vinieron algunos franceses. Los portugueses verificaron, en el transcurso del siglo XV, varias expediciones a estas islas. Es posible que esos elementos, y quizás algunos más—modernamente, desde luego, los aires iberoamericanos y afroamericanos—hayan dejado ciertas huellas en el folklore musical isleño. Pero, la inmensa mayoría de pobladores europeos que se establecieron en las Canarias fueron, como es sabido, españoles.

Nada de particular tiene, pues, que la música española haya sido la que, íntimamente mezclada con la guanche, diera origen a lo que actualmente llamamos "Música popular isleña": la que nuestros magos se transmiten de padres a hijos, la que inspiró a Power sus "Cantos Canarios" y su "Tanganillo".

No hay cosa que tanto agrade a un español residente en país extraño como cantar y oír cantar los aires patrios: una honda emoción, mezcla de gozo y añoranza, se adueña de su alma al rememorar los cantos de su lejana tierra.

¡Cuántas veces, en las diáfanas y estrelladas noches de las islas, en los momentos de tregua y descanso, debieron reunirse al aire libre los invasores para cantar, al son de una vihuela o de una guitarra, coplas y melodías españolas!...

¡Y cuántas veces, también, debieron llegar a sus oídos las notas tristes de una canción indígena, o los gritos, silbidos y algarabía que los salvajes producían cuando, congregados para dar libre expansión a su ánimo o para celebrar un feliz acontecimiento, bailaban sus danzas diabólicas, subrayando con característico sonsonete los ritmos vivos de su sonada!...

La música hispana y la música guanche, en los primeros años de la Conquista, convivieron paralelamente y como independientes la una respecto de la otra.

Pero esa coexistencia objetiva no podía durar por un tiempo indefinido.

Numerosos insulares se convertían a la fe de Cristo, y el bautismo, a la par que les proporcionaba una relativa inmunidad contra los rigores de la esclavitud, les permitía aproximarse más confiadamente a los campamentos de los invasores. A medida que los españoles fueron frecuentando a los guanches, aprendieron a conocerlos, a apreciarlos, y no pudieron menos que rendir homenaje a la entereza de su carácter, a la pureza de sus costumbres, a la excelencia de sus dotes intelectuales. Muchos españoles se sintieron cautivados por los encantos y virtudes de las mujeres indígenas, y a ellas se vieron ligados por los lazos del amor y los vínculos del matrimonio.

Poco a poco, se realizaba la mezcla y fusión de ambas razas.

Poco a poco, también, mezclábanse y fundíanse ambas músicas que, con el transcurso del tiempo, habían ido influenciándose mutuamente.

De un modo paulatino, la una cedió a la otra algo de su propia índole, de su carácter especial, recibiendo, en cambio, algo del espíritu peculiar, de la genuina esencia de la otra. Hoy, la unión es absoluta, la combinación, perfecta. El análisis nos revelaría un proceso de compenetración recíproca, un fenómeno que pudiéramos calificar de ósmosis musical.

Mas, esta fusión de elementos a que nos referimos, no se presenta en todos los casos según una proporción constante, invariable: a veces, el elemento peninsular predomina; otras, por el contrario, el que prima es el guanche. La Malagueña canaria, por ejemplo, tiene menos de guanche que el Tajaraste o el Tanganillo.

Con lo dicho, basta para dejar bien sentado que en la música popular de Canarias conviven, completándose y compenetrándose, el elemento guanche y el elemento español.

